

La evolución del esplendor: violencia y construcción de identidades en *Salve la Reina* de Teresa Hernández (comentarios desde el palco)

Lola Aponte
Universidad de Puerto Rico

Resumen

A partir de la pieza teatral de Teresa Hernández “Salve a la reina” se cuestiona la idea de pertenencia regional a partir de un sentido de fuerte relación con potencias centrales como productoras de modelos, esquemas y formatos vigentes en el Caribe. La autora toma la perspectiva desde el público de la obra y deconstruye la función de ese tipo de trabajo como respuesta a producciones políticas de su inmediato.

Résumé

À partir de l’analyse de la pièce de théâtre de Teresa Hernández “Salve a la reina” sera questionnée l’idée de l’appartenance régionale en faveur d’un sens en forte relation avec des puissances centrales comme productrice de modèles, schémas et formats en vigueur dans les Caraïbes. L’auteure adopte la perspective du public de l’œuvre et déconstruit la fonction de ce type de travail comme réponse à des productions politiques de son présent.

A Eugenio Ballou, desde las querencias compartidas

“Dondequiera que encuentre una criatura viviente, hallo ansia de poder”.

F. Nietzsche

Me acomodo en una silla plegadiza, en el Arsenal de la Puntilla. Ser público de teatro experimental equivale la más de las veces a estar incómodo, reflexiono. Esta vez esa incomodidad es provocada desde la obra: antes había sido guiada bruscamente hacia unas estradas en el Teatro Experimental Carlos Marichal. Ahora somos vigilados. Saludo a los usuales. Como siempre cuando asisto a los performances tengo una buena dosis de escrúpulo. Como siempre reconcomio la posibilidad de la catarsis, la invocación de una obstinación que no me es propia.

Esta vez, fundamentalmente, me cohíbe la figura arrasadora de Teresa Hernández, actriz proba y performer desacralizadora. Vestida inagotablemente de reina emperatriz. Asistida por colaboradores (actriz Puchi Platón, bailarín Javier Cardona) que nos irán develando las fracturas y desmembramientos de la metrópolis imperial, y de su inconsecuente prole, los estados/naciones/colonias/territorios caribeños. La función comienza. Monologa, la oigo gritar, murmurar para sí, hacer diatribas, casi

suplicar y lloriquear todo tiranizadamente. Déspota, diatriba en una lengua inventada y ajena que no descifro totalmente pero a la que accedo en retazos, como si compartiéramos un sustrato innombrable. Desde esa habla nos increpa mientras rechaza súbditos por color, apariencia o procedencia. Es el estado, gendarme y reina, podrida y vigente.



(Foto: Ricardo Alcaraz)

La Reina de Teresa Hernández, performer puertorriqueña, está en escena. Es el año 2005. La nación empolvada y vestida desde la gala que oculta su consunción insolente, hablando un lenguaje imperial inescrutable, estableciendo contraseñas herméticas que se transforman en el espacio y que nos permite a todos reconocernos como conspiradores Queremos que se calle. Queremos que se caiga de su torre. Queremos contestarle. Queremos matarla, o levantarnos e irnos. Recuperarnos. Nuestra tacha es que lo espectacular nos fija en la posicionalidad de espectadores, como público somos cómplices, como su muchedumbre esperamos y nos lanzamos a la risa. Guy deBord nos mira asqueado desde el temblor de su mano suicida.

Entonces, mientras ella grita, impone y nos incomoda, pienso inamovible que si la formación de estados nación es definida por la creación de una infraestructura basada en la ley y el orden, en el Caribe hemos creado tenazmente atajos, callejones y

veredas tan variopintos, que de más de una manera harían repensar este concepto aun a los más empecinados. Quizás la mejor manera de acercarnos al Caribe como algún tipo de unidad es reclamar la formación y desarrollo de una región cognitiva, de un espacio en que el Alláfuera¹ exílico sea tan válido como el Acádentro del incilio. Pero esta proposición fértil se estrella contra las proposiciones de la soberana, situada en una altísima torre, inmóvil por esa altura que la hace poderosa, atemporal y ageográfica.



(Foto: Ricardo Alcaraz)

La reina es una posibilidad de gobierno centrada en la mirada despiadada y asqueada del Alláfuera. A partir de la pluralidad de formatos de gobiernos que existen en la región del Caribe (van desde colonias tradicionales, territorios de ultramar, reductos de faz comunista, repúblicas, dictaduras y otras) la fragmentación y el bucanerismo se sostienen como manifestaciones primarias del incilio. La reina se relame tierna sobre ello, dice lindezas como si hablara a un bebé, solo el tono nos es accesible. La reina no nos habla en español. Rectoran sus formatos gubernamentales sobre migrantes

¹ En Puerto Rico se refieren a Estados Unidos como Alláfuera. En contraposición propongo en Acádentro, para nominar el espacio incílico del Caribe

europesos, judíos, indios, indígenas, afro-descendientes, "turcos," chinos, japoneses y de varias regiones de Las Américas. El Caribe, en cuanto nación posible, participaría de la intentona de crear un cuerpo coherente a partir de amputaciones, fluidos, excesos y excedentes. Un Acádentro saturado por el Alláfuera.

Ante esa posible diversidad la Reina propulsa nuestro occidentalismo, la blancura de piel, una voz única e incontestable. Apoltronada en una torre alta, si bien endeble y precaria, la reina desde nuestros asientos se ve incoherente: mientras reclama poderío mueve sus bracitos frágiles, la cabeza se disminuye por lo alto de su tocado, la voz feroz que intenta la ternura, la seducción y la vigilia. Un sirviente negro recibe sus hostilidades. Una mujer oficiosa le huele a traición. Fija en una geografía del poder niega las geografías que le circundan. La Reina es Caribe en que cada isla mira hacia el centro de poder y no se mira una a la otra. Cada isla atañida a su Alláfuera.

Conjuntamente con esa convocatoria humana tan diversa y que la Reina niega, el Caribe se inscribe en una geografía fragmentada que incluiría según los más optimistas, el norte de Sudamérica, el Sur del continente norteamericano, la Costa del Golfo en Centroamérica, y cientos de cayos, islotes reclamados por otras islas u países. Allí se articulan distintos centros de periferia según los sustratos coloniales, ideológicos, poscoloniales y se establecen distintas jerarquías definidas desde el Alláfuera o, dicho de mejor manera, del mercado turístico, petrolero o farmacéutico al que se responda.

Por ello, y por la pluralidad de credos, imaginarios, movimientos migrantes, varias preguntas se vuelven ineludibles cuando intentamos repensar qué es eso llamado el Caribe. El personaje de la Reina, intentando la desconexión incilica de su entorno a favor del vínculo estrecho con los poderes de centro a los que responde, nos obliga a preguntarnos: ¿cómo reclamar una identidad como individuo en una colectividad, si se está transitando por una región cuya gente se desconoce entre sí, que apenas se visita y cuyo esfuerzo unitario es más bien propulsado por intelectuales y guías turísticos, y negado por cada gobierno? ¿Es la unidad caribeña, ultimadamente, como decían los cómicos del cine de oro mexicano, una propuesta de Afuera desde los mercados de centro útil para aquellos meses de crudo invierno del norte? En fin, ¿es el desmembramiento de ese cuerpo evocado por la Reina lo que nos define?

Ahora que todo cuerpo, incluyendo el nacional, es optativo, la reina y sus gritos parecen obsoletos, pero perviven desde el recelo y la desmemoria. Nos acercamos a la propuesta de Hernández para elucidar las posibles definiciones de estado que nos permite barajar su personaje y examinar desde su batahola incomprensible, la función de la lengua en este conglomerado de ideas.

Para dilucidar la propuesta nacional del personaje de Hernández, traigamos al ruedo a Ferdinand Toenies (1974) quien ante otras encrucijadas similares (al enfrentar el asunto de nación tan disímil como plural, si bien de reciente fabricación llamada comunidad europea) distingue entre dos conceptos: Gemeinschaft vs. Gesellschaft. La distinción crucial entre ellos es que Gemeinschaft se relaciona con un cierto

sentido de pertenencia basado en fidelidades, normas o valores compartidos, lazos lingüísticos, étnicos que se invocan para la formulación de la comunidad. Están estos elementos tan embebidos en quienes hacen el reclamo, que la nación los asume como naturales. Es este discurso sobre el que se apoyaría el soflama del personaje de Hernández en su intentona unificadora. Le parece esta organización geopolítica tan orgánica que le permite hablar de un *nosotros* que es equivalente de ella misma. Ella, la reina, es el Acádentro, si bien corporalizada como el Alláfuera.

Gesellschaft, por otro lado, se relaciona con el concepto de aquellos quienes permanecen en sus individualidades irrevocables, pero que deciden -ya por convención, apreciación o conveniencia- unirse al orden de crear aquellas transacciones que suponemos como sociedad. Es un constructo que exhibe su artificialidad, y curiosamente, ello no lo invalida antes bien, permite el continuum en el apego a la misma, mientras haga sentido al proveerles algún beneficio a los participantes. Este concepto no es invocado por la reina, sin embargo es el que explica su presencia ante súbditos que no logran todavía descifrar su presencia, su poder o su propia fidelidad. Sobre todo, es ejemplar el *Gesellschaft* en su servidora/gobernanta/institutriz -Puchi Platón- quien está siempre en espera de sustituirla, probarse sus atuendos, posesionarse del poder, pero quien mantiene un pacto de sustancia básica e identidad con la reina.

La reina impone una forma de unidad bajo su figura rectora. El Caribe contemporáneo, por el contrario, muestra un grupo diverso de gente y comunidades con puntos de referencia que se traslapan o excluyen en lo concerniente a valores, significación e identidad. La topografía política caribeña, de por sí fragmentada carece de principios unificadores, si bien los más tozudos pueden invocar algunas características o experiencias sobre las cuales construir la anhelada común/unidad. Ojo: lo multiforme caracteriza al mundo en general, la imposición de naciones y bordes sobre las mismas complica las nociones de democracia y solidaridad y pone a prueba los sustratos ideológicos en los que se levantan. La idea del Caribe es una de las muchas imágenes que desde diversas latitudes se proyectan y compiten en el mercado de las ideas, al igual que unidades nacionales y atómicas que intentan organizarse a partir de los sustratos lingüísticos o históricos. Todas estas posibilidades son ignoradas por el personaje de Hernández. Ella es poder, en su atavío, con la misma teatralidad significativa y mítica de una madre coraje de Brecht, quien es la resistencia cotidiana vestida con la ropa de una vendedora de salchichas.

Para explicar nuestra sumisión a esta antojadiza reina, conviene entonces saltarnos el contenido exacto de la idea uniformadora del Caribe, que es en sí mismo entrapamiento posicional, propuesta de un locus sin localización, para que entonces podamos concebir un cierto grado de cohesión social que nos permita optimistamente aquello que Timothy Garton Ash llamó: "minimal trust and solidarity between citizens that is the fragile treasure of the democratic nation-state does not, alas, yet exist between the citizens"(62) La nación de la reina de Hernández, se trata entonces no de un *demos* compartido sino de un *telos*. Es el *telos* el sustrato que explica el poder.

Las paradojas de la identidad que rescata el personaje de Hernández muestra lo problemáticas que son. En las mismas se corporeiza lo que tenemos en común y lo que nos separa, nuestro sentido íntimo del yo, al igual que nuestras reconocidas y enconadas negociaciones con el otro. Se trata, en fin, de nuestra pertenencia conflictiva a una historia fluida y cambiante, en un mundo complejo. Coinciden con nuestra posibilidad de acción social y política. No podemos olvidar que cada estado propulsa definiciones del ser racial y sexual. Conceptos de nación están imbricados en la definición de normalidad, y el establecimiento de nuestro yo en desarrollo. Todo ese poder tiene en sus manos la añosa reina.

Esto es así pues, si bien para unos la nación caribeña es una propuesta lógica y natural, para la discursividad política propuesta por la Reina se trataría de una redundancia efímera. Esto es, una de las muchas manifestaciones en revisión producidas por el estado moderno, un remanente trasnochado de la era estado centrista, que está llamado a concluir prontamente, y que Su Eminencia, con un gesto acalla y apropia.

La reina tantea la posmodernidad y sus procesos de impacto nacional, en agrio debate para ese mismo tiempo del performance. Para ilustrar este gesto resulta provechoso recordar la disputa finisecular entre Juan Duchesne-Winter et al y su propuesta de estadidad radical y Rafael Acevedo, et al y sus propuestas de una redefinición del estado nación en los noventa en Puerto Rico, publicadas principalmente en Claridad, semanario de izquierda. El primero, Duchesne Winter, proponía para aquel entonces, la forma de integración política de los puertorriqueños a Estados Unidos, como Estado 51, para desde el centro subvertir las relaciones de poder y las definiciones en boga. Mientras el segundo, Acevedo, formulaba un estado caribeño en que la nación puertorriqueña se ubicara en le macrocontexto caribeño y latinoamericano enmarcado en un desarrollo de justicia social y ambiental. Ambos discursos van encaminados hacia la justicia ecológica y económica, pero Hernández nos choca con la vigencia de formas anteriores que quedan insufladas de poder, perviviendo cuando ya se las cree olvidadas.

El personaje de la reina de Teresa Hernández se coloca justo en esa coyuntura ideológica, y comienza a reclamar preguntas sobre el estado omnipresente como única fórmula de existencia humana. El texto de Hernández desde el escenario es mucho más subvertidor en su potencialidad de acceder a nuevas definiciones, que aquellas de Acevedo y Duchesne. Esto es así porque ambas propuestas ensayísticas seguían constituidas por un concepto mítico de la nación, un vínculo entre el pueblo a través de cultura, destino o memoria que naturalizaban. Conceptos que podemos trazar hasta los románticos alemanes, y los positivistas latinoamericanos, mientras la Reina muestra el poder desvencijado e incapaz de producir verdades nuevas al igual que nuestra adopción a tales poderes.

Para Hernández desde el performance no hay respuesta única ni total. Quizás el país y las propuestas regionales son el pasado. Ese pasado que se aferra a su propia caricatura.



La traductora/institutriz en las galas de la reina (Actriz: Puchi Platon. Foto: Ricardo Alcaraz).

Para los estadistas radicales el optimismo era una clara reflexión de su preocupación por el futuro unido a la concepción de que las culturas –aun las de desventajas minoritarias-- pueden estimularse unas a otras y contribuir a crear la armonía que le es propia al estado-nación. Su centro no es el Caribe, sino el centro estadounidense del cual somos periferia. Es una nación del Alláfuera. Con las certezas históricas de que es en Estados Unidos donde se diseña la bandera de Puerto Rico, desde donde salen Lolita Lebrón, Andrés Figueroa Cordero, Irving Flores a atacar el congreso. Donde muere Julia de Burgos y donde Segundo Ruiz Belvis escribe. Se aduce lo desmembrado, lo exílico, el afuera, la otredad creada desde la mismidad como el cuerpo nacional dentro de este discurso en que la nación naturalmente busca la justicia para sus miembros.

Por supuesto, esta es una propuesta alejada del nacionalismo agresivo y en total quiebra con aquellas ostentadas por muchos de los proponentes de la idea de Puerto Rico como estado caribeño. Todavía en aquellas propuestas laten formulaciones acogidas por la Revolución francesa y el período jacobino en que la lucha se refería a una nación encarnada en el mandato del pueblo -como un todo- en que la vida de la nación siempre está en juego. La reina de Hernández, en efecto parece un reducto fosilizado en que se suman estos conceptos junto a los despotismos sobre nuestras normatividades. Poder reírnos de ese personaje y crear distancia supone revisar

nuestras propias concepciones, una catarsis ajena a las lágrimas y al estupor, y cercana a la carcajada. Más cerca de Aristófanes que de Sófocles.

La versión más agresiva del personaje de Hernández de las propuestas de definición y poder vigentes en nuestra zona, antes que un nacionalismo regional, con la capacidad de allanar diferencias a favor de una propuesta englobante, apunta a un nacionalismo imperialista que abole la posibilidad de un Caribe como macronación. Apunta Hernández a una versión provocadora del nacionalismo que asume en su credo como un sustrato fundamentado en la naturaleza, único marco posible para entender el orden de estos tiempos. La reina se opone -en sus pendencieras onomatopeyas y gruñidos que fungen como lenguaje- a la posibilidad de otras órdenes percibidas como más instrumentales a la hora de trabajar con el concepto de nación. Coincide de cierta manera con Smith quien defiende los nacionalismos tradicionales al proponer que "we can discern no global identity-in-the-making, nor aspirations for one, nor any collective amnesia to replace existing 'deep' cultures with a cosmopolitan 'flat' culture. The latter remains a dream confined to some intellectuals" (Smith, 21).

La reina (desde su cara enmascarada por el maquillaje excesivo, su vestido que ocupa metros de altura) se asume como un ser de influencia cuasi extática, cuya mera presencia da dignidad a aquellos que le sirven. La nación le es inherente por lo que sus desmanes y excesos son considerados como una parte clave del uso magistral del concepto de estado moderno. Para los ciudadanos/público identificarse con ese poder decadente y excluyente es la única oportunidad de establecer un sentido de pertenencia. Ser desde la perspectiva de esa reina inmóvil que agita sus brazos pequeñísimos con fiereza. O eres súbdito o eres otredad, o perteneces o eres excluido. Dentro de ese totalitarismo binarista es difícil o imposible imaginar un yo ciudadano fuera del nacionalismo pequeño. Imposible casi un caribeñismo, cuando la fórmula gobernante de la reina es europeizante y trasnochada.

Desde el monólogo de la Reina es imposible imaginar una translación caribeña en que se reúnan las diferencias de las identidades históricas de los grupos concernidos. Hernández propone la racialización de un ciudadano facializado por un rostro blanco, europeizado, de conducta sumisa, en concordancia con los reclamos étnicos de su reina. Como contraparte histórica baste recordar las intenciones de Trujillo de traer europeos blancos a su país, para entender las conexiones que Hernández nos permite establecer.

La reina se presenta como nación, como memoria histórica y como futuro ineludible. Es su propia putrefacción, el depurado odio de sus servidores inmediatos el que puede vencerla. El arte coloca al personaje de Hernández como reina de una comunidad de quienes no tienen nada en común excepto la respuesta a ese poder. Las memorias compartidas, las significaciones, los símbolos y los mitos son producidos desde la reina. Les toca a sus servidores usurpar esos signos. Usarlos con desparpajo y a destiempo para conformar su propia gestualidad, o crearse como otredad de ese poder son respuestas que se examinan -en el intervalo en que la reina se duerme- pero que son tronchados por la continuidad del poder.

Toda vez que esa reina suma ceremonias, ritos, capillas y monumentos, toda la memoria histórica se centra en ella; ese poder europeizado que impide a viva voz que nuevas concepciones se formen. Desde la perspectiva de la reina de Hernández un proyecto caribeñista de identidad no constituye un nexo real, ni una amenaza que considerar. Su identidad y la de sus opositores siguen dependiendo de los centros de poder vigentes. Ninguna reorganización ocurre sin que se haga referencia al norte, al AlláFuera.

En efecto la presencia del la reina nos hace repensar el sentido de nación caribeña. ¿Quién moriría por el Caribe? En aquella circunstancia de ejemplificada impotencia, es en la ineptitud frente a la impericia de la gobernante cuando el Caribe se torna una idea abstracta. Incapaz de producir respuestas para los malestares de los grupos, esa supernación caribeña que consistentemente parece elusiva. Sin un *Gemeinschaft*-la idea sigue siendo una propuesta sin verdad factual.

El Caribe es, pues, un constructo. La gobernante impone su imperio no como un territorio primario, antes bien como una idea o un principio que asume en su carnalidad. La reina presenta, orgullosa, tendencias oscurantistas (xenofobias, homofobia, racismo y otros fundamentalismos) como la plataforma inquebrantable en que su poder se sostiene.

Mientras la posmodernidad en Puerto Rico atrajo la duda sobre los discursos nacionalistas cuyo producto principal fue la Estadidad radical, se mantuvo intacto el discurso sobre la nación ahora vista con un recetario diferente. Las respuestas de los sectores involucrados fueron propuestas globalizadoras. Se intentó crear un fermento en que parecía haber una capacidad para formaciones de nuevo carácter político pero sumido en la misma pregunta de identidad, siempre desde el estado colonial. Versiones de la modernidad, quizás. Vestigios del debate que se pretendía superar. El nacionalismo otra vez visitado.

Como sabemos, ese otro nacionalismo, aquel representado por la Reina, alcanzó su punto vértice en la era industrial, cuando literalidad y movilidad eran requisitos para un performance industrial efectivo. Ahora que los modos de producción se han transformado -por focalización, manejo de materias primas y estados de producción- los estados nacionales y las pertenencias geopolíticas han perdido su sentido inicial. Sin embargo, es obligado precisar que su persistencia (encarnada en la Reina de Teresa Hernández) supone que ha adquirido otros valores, que ha transformado su razón "d'être".

Ante el mundo globalizado, es decir, el mundo manejado por firmas económicas desde portales cibernéticos, un novísimo Alláfuera, se requiere una ideología totalizante englobadora y unificadora, ideología que proporciona probablemente el consumismo de unos valores de cambio. La Reina se sostiene por el gesto de portar unas insignias que significan poder, junto a la posibilidad comunicativa de las mismas: una tradición y nostalgias que desde el mundo posmoderno asignamos a la modernidad. Las ideas del posindustrialismo están cimentadas en asumir nuevos

sistemas de comunicación masiva y el uso de nuevas tecnologías. Curiosamente, el reclamo nacional y excluyente que la Reina grita, pervive. La subversión posible es cuando la reina duerme. Sin embargo lo que sucede, es que su sirviente se coloca en su espacio, se apropia de sus vestiduras. No hay transformación.

La reina en la era de la globalización acepta su postura de pastiche de culturas. Su naturaleza ecléctica se desinteresa de su tiempo y espacio, con poco o ningún interés por exponer sus orígenes étnicos, lingüísticos, así propone ignorancia de la historia mientras ella misma se asume histórica. Existe “ella:” un presente indeterminado. Su presencia sigue la lógica del hegemón, aunque no esté localizada en el centro. Es ella quien representa los intereses nacionales, e internacionales, recordemos que en su tocado -peluca rubia, rizos apelmazados- en conjunción con el azul de su vestido mantiene claras referencias a la presencia de Estados Unidos en Puerto Rico y el resto del Caribe. En cierta manera, es una existencia silenciada, pues se asume como un poder solitario e independiente, cuya lengua muestra lejanía. El gesto y la traducción de sus sirvientes es lo que hace posible algún amago de comunicación.

La subyugación que impone y exige la Reina se sirve del apoderamiento del paradigma de nación como familia, concepción que no necesita de otra fuente que no sea la percepción colectiva. En el monólogo de la reina, siempre en una lengua indescifrable, garantiza su posicionalidad patriarcal -y estamos conscientes del asunto de género que ello levanta. Ese pacto patriarcal depende en una gran distensión, de lo ceremonial de su gesto, en lo ritualístico de su presencia, en lo indescifrable de su lengua, en las formalidades de las que se rodea. Toda vez que el estado se ha convertido en la forma única de organización social que se reconoce en el siglo XXI, la reina misma desarrolla un discurso nacionalista en que el estado es ella, su cuerpo es cuerpo del estado, el cuerpo de todos nosotros. Su persona, el territorio nacional, el Acádentro.

Es Roland Robertson (1990) quien argumenta que en la constitución del estado moderno se crea una sensación de nostalgia por un momento mejor; nostalgia que sirve como mecanismo en doblete de enfrentamiento y pacto con el Alláfuera. A partir de esa nostalgia se desarrollan símbolos, ceremonias y tradiciones. Los ritos que celebran el pasado glorioso quedan fijos en la vestimenta misma de la reina, una suerte de mariantonieta anacrónica y envejecida, vetusta y apolillada que es el resumen paradigmático de la memoria de lo glorioso. La reina inventa las tradiciones como si fueran perennes, y con ello monumentaliza su presencia y participación en el pasado de su nación, encandilándonos con la idea de que el estado antes que un grupo de acuerdos constitucionales es un producto de la imaginación. En este caso de su imaginación. No existe en su presencia icónica ningún elemento que podamos verificar en cuanto empírico, sin embargo se asume su presencia como parte de una herencia colectiva que acatamos, si bien con enconada violencia.

El Caribe como espacio político es un Acádentro que no existe en el imaginario de la Reina. No es parte de sus preocupaciones legitimizantes, de su yo gobernante. Es precisamente esa identidad fundacional uniforme en pugna con la multiplicidad

caribeña la que provoca toda suerte de intolerancias que la afirman en su poder: raza, lengua o género, todo cimentado sobre la pertenencia geográfica localista. El miedo a ser asimilados por otras identidades es uno de los faustos que usa la Reina para afianzar su poder; de allí que el caribeñismo se asuma como una amenaza más a los hábitos que la reina ha instituido como legitimidades absolutas. El Caribe se ve como una idea remota, con poca capacidad para atraer a los ciudadanos convocados por la Reina. Incapaz, el Caribe como idea, de conmover la imaginación y el afecto de los habitantes de estas latitudes bajo ese nombre nominadas.

Una parte importante de ese extrañamiento en la obra lo consigue ejemplificar Hernández con su uso de una lengua incomprensible, una jergonza extravagante y grandilocuente en que, en intermitencias e intervalos, logramos discernir algunas raíces y sustratos compartidos. Siendo el Caribe un espacio políglota donde a las lenguas europeas se suman creoles de diversa factura, cuyas posibles alianzas se establecen entre países del mismo origen colonial (Caribe hispanófono, por ejemplo) en su piel más cercana que es la lengua.

A través del lenguaje en que nos nomina desde una lengua incomprensible, este personaje santifica su imposibilidad de ser participatoria. La reina borra así la distancia real entre su locus y su res, con lo cual se asegura una medida silenciadora. La reina constituye en su discurso el quiebre entre cultura y lenguaje creando un territorio de silencio. Como buen poder imperial excluye, transversa, e ignora la lengua de sus súbditos -que asumimos es el español. El lenguaje de la reina ocupa la posible gobernabilidad, por lo que no podemos accederlo.²

Bibliografía

Aldersey-Williams, Hugh. "Symbols and Lies". En *New Statesman*, 10 July 1998. 17-23

Brown, David. *Contemporary Nationalism: Civic, Ethnocultural, and Multicultural Politics*. London: Routledge, 2000.

Conversi, Daniele (ed.). *Ethnonationalism in the Contemporary World: Walker Connor and the Theory of Nationalism*. London/ New York: Routledge, 2004.

Garton Ash, Timothy, "Europe's Endangered Liberal Order". En *Foreign Affairs*. 77/2 (March/April 1998): 43-54.

Robertson, Roland. "After Nostalgia? Wilful Nostalgia and the Phase of Globalization". En Bryan S. Turner (ed.). *Theories of Modernity and Postmodernity*. London: Sage, 1990. 76-85.

² La referencia a la situación del 98 en Puerto Rico, con gobernantes que hablaban uniformemente el inglés a un pueblo que se manejaba en su variante caribeña de español, es obvia. No la incorporamos en el texto, pues nos interesa trabajar el relato de la gobernabilidad.

Schlesinger, Philip R. "Europe's Contradictory Communicative Space". En *Dídalus*, 123/2 (1994).

Severson, Kristin, and Victoria Stanhope. "Identity Politics and Progress: Don't Fence Me In (Or Out)". En *Off Our Backs*. 28/4 (1998): 13-34.

Smith, Anthony D. *Nations and Nationalism in a Global Era*. Cambridge: Polity Press, 1995.

_____ *National Identity*. London: Penguin Books, 1991.

_____ *The Ethnic Origins of Nations*. Oxford: Basic Blackwell, 1986.

Spivak, Gayatri Chakravorty. "Translator's Preface", to Jacques Derrida, *Of Grammatology*". Baltimore and London: Johns Hopkins University Press, 1998 (corrected edition).

Toennies, Ferdinand. *Community and Association*. London: Routledge, 1974.